

UN ENSAYO LITERARIO

LAS AFINIDADES ELECTIVAS

Por ALBERTO CARDONA JARAMILLO

Todo en la vida se reduce, en su apariencia aunque verdaderamente simple, a un problema sutil de "afinidades electivas". El verdadero secreto de la felicidad parece consistir en otro secreto: la asociación y la compenetración de nuestro espíritu con el de aquellas almas que le son más afines; el recíproco entendimiento con ellas; la espontánea transmutación de nuestros sentimientos y de nuestras pasiones, en los sentimientos y las pasiones de los demás, quedando comprendidos dentro de este régimen —no gramatical, sino espiritual y moral— de la pluralidad, aquellos seres predilectos, en quienes advertimos bastante a menudo de qué manera rara, y a un propio tiempo admirable, se asemejan a nosotros profundamente, siguen las mismas inclinaciones de nuestra sensibilidad, reaccionan igual que nosotros frente a los estímulos de la felicidad, sufren y aman como nosotros con la misma intensidad del sentimiento, definen la belleza con palabras que nosotros mismos hubiéramos empleado para referirnos a ella, y, en suma, parecen haber nacido predestinadas para vivir el drama de nuestra propia existencia! Resultan tan afines a nosotros mismos, como Otilia a Eduardo, como Carlota al Capitán, en ese precioso tratado de la psicología de las pasiones amorosas que constituye el libro de Goethe sobre el sugestivo tema de "las afinidades electivas".

Este fenómeno, si es que todavía debe emplearse el uso del vocablo para aludir a algo que ya se ha convertido en una experiencia bastante generalizada en el mundo espiritual y afectivo de los seres racionales, se constata aún fácilmente en ese otro mundo fáustico: el de las

bellas artes. Así, en un denso ensayo relativo a la psicología del arte, André Malraux se ha expresado admirablemente en el sentido —y estas son sus palabras textuales— de que no existe, en primer lugar, el hombre que ama los paisajes, sino el hombre que ama los cuadros; de que el poeta no es un hombre que ama el crepúsculo, sino un hombre que ama los versos. Es así —concluye Malraux— como puede llegar a afirmarse, sin temor al equívoco, que la materia primordial del artista no ha sido jamás la vida, sino otra obra de arte.

La reflexión es profunda y sus pocas palabras sustituyen, en cierta manera fundamental, muchos de los tratados de psicología experimental que han sido escritos hasta nuestros días. Evidentemente, nuestra afinidad sentimental con el crepúsculo data de aquellos instantes de suprema felicidad en que leyésemos un verso hermoso, cuando el sol literario, el fulgor de la retórica aparecían en todo su poético esplendor "orificando los troncos de los árboles" en la profundidad del horizonte, para hacer un uso adecuado de la feliz expresión de Gide.

De un modo análogo suele ocurrirnos con las otras manifestaciones de las bellas artes. Siguiendo, en forma casi literal, los fundamentos generales de la estética de un Cocteau, de un Dulac, de un Leger, de un Man Ray, el espíritu del hombre sobre la haz de la tierra no consigue despojar a los sucesos cotidianos de su excesiva dosis de sentido común, para avecinar el alma al misterio de la emoción poética, sino en función de un noble y delicado estímulo de la inteligencia creadora, de un tierno y subyugante recuerdo, del fulgor encendido de una dulce pasión. Al temblor de una caricia, al ardor de una mirada, al eco inexhausto de unas palabras que jamás pondremos llegar a olvidar, al vuelo de una paloma en el cielo de abril, al acendrado perfume de unos labios, al encanto geórgico de un vallezuelo, se reduce muchas veces para un ser, para un ser cualquiera, la historia de su vida misma.

Existe algo fuera de la música —definida sabiamente por Alejandro Casona, como un arte para adelgazar el alma— "que les suministra un alimento anónimo a nuestras emociones y a nuestros recuerdos". Algo que nos conduce de nuevo, bajo los dorados albores de un brillante cielo matinal, al paraíso escondido de la enigmática felicidad humana. Algo que no deja extinguir en nuestra pobre ánima el fuego de una pasión, la luz de un recuerdo. Algo que ilumina, con un maravilloso fulgor, los contornos del corazón. Algo que trata de infundirles ese propio e inconfundible goce de la juventud, de la primera adolescencia, a nuestros contactos perdurables con la vida, con los sueños y con

la felicidad. Algo que, con una mano intangible, torna a conducirnos por caminos que ni siquiera nosotros mismos habíamos llegado a imaginar que volveríamos a transitar jamás. Algo que anima la vida de los seres a los cuales se halla ligada, en forma estrecha e irreductible, la historia de nuestra existencia, el drama de nuestros recuerdos y el poder de nuestras pasiones; que les confiere un matiz a los colores; que acendra el delicado perfume de una flor casi olvidada; que torna hermosas las tardes. Algo existe en nosotros, y aún fuera de nosotros mismos, que no nos deja morir y que tampoco deja morir a la vida. O, para mejor decirlo, a la belleza.

Un verso, un cuadro, una adorable criatura femenina: las afinidades electivas, de que nos habla Goethe, y en las cuales parece radicar el verdadero secreto de la felicidad!

ALBERTO CARDONA JARAMILLO

UN PROBLEMA DE SEMANTICA QUE ES PROBLEMA DE TEOLOGIA

POR CARLOS JOSE ROMERO

En la entrega de esta revista correspondiente a los meses de setiembre, octubre y noviembre de 1945 se publicó un interesante estudio del doctor Antonio Gómez Robledo, en el que plantea lo que él llama "curioso y arduo problema de semántica", el cual consiste en averiguar "por qué o por dónde el atributo de la limpieza se ha tornado en su contrario, lo mundo en lo inmundo. Como quiera que sea, dice Gómez Robledo, el mundo es para el cristianismo la suma y compendio de todo mal, lo aborrecible en sí, desde que el Salvador, momentos antes de su pasión, excluyó formalmente al mundo de su oración universal de perdón".

En el número de esta misma publicación correspondiente a los meses de febrero, marzo y abril de 1946 el conocido escritor y académico, doctor Baldomero Sanín Cano ensaya dar a este problema una solución. El renombrado polígrafo se adentra en el estudio de la baja latinidad, fuente de nuestras lenguas vernáculas, para rastrear en ella el origen de esta conocida y popular fórmula de la doctrina cristiana que pone al "mundo" entre los tres capitales enemigos del alma.

Sin embargo, a nuestro parecer, no es en la baja latinidad, ni siquiera en la latinidad a secas donde hay que buscar la clave de este raro fenómeno idiomático, que ha hecho, como muy bien lo nota el doctor Gómez Robledo, que la palabra *mundo*, que originariamente significa "lo hermoso, lo ordenado, lo limpio", haya tomado en todas las lenguas modernas el sentido de "reino del mal", bajo la influencia indudable de la predicación cristiana.

Con la modestia que se impone a quien no es especialista en problemas filológicos, nos atrevemos a disentir, ante todo, de la afirmación que hace el señor Sanín Cano respecto a las dos formas, de sus-